

Los Libros

LAS CENIZAS, por *Mari Yan*

No hay espectáculo más interesante que el mirarse a sí mismo para buscar en los más escondidos recovecos del alma, los misterios de su propia personalidad y determinar las reacciones anímicas que no pueden justificarse dentro de los rigores de la lógica y el sentido común y poner de relieve, explicándoselas, las incongruencias y actitudes aparentemente absurdas. Tal es la misión de los introvertidos para quienes el sujeto es el centro del mundo viviente, a la inversa de los extravertidos los cuales encuentran en el objeto la prolongación de su propio ser. Como tales tipos psicológicos no pueden darse con una rígida y absoluta demarcación, debemos buscar en el individuo la proporción en que se encuentran tales aspectos de la personalidad. Si la novela es, antes que nada, presentación de individuos con todos los elementos vitales que integran el ser humano, debe ella reflejar todos esos estados pasionales que escapan a la observación corriente y vulgar, ahondar en los espíritus y presentar, si fuera posible, su paisaje interior proyectado en el mundo objetivo. En esta última novela de Mari Yan hay, sin duda, este propósito de reflejar el mundo interior de los personajes novelescos, dentro de la atmósfera adecuada a las reacciones anímicas que los caracteriza.

En «Las Cenizas» se nos presenta Mari Yan como introvertida, pero que no prescinde del mundo objetivo cuando éste

es reflejo del paisaje interior. Cuando Marcela—personaje central de la novela—contempla la tristeza del amanecer lluvioso a través de los vidrios de su ventana, siente que en su alma se infiltra esa misma tristeza mojada del paisaje. Su alma solitaria y sus vibraciones tienen el mismo acento melancólico de la lluvia sobre el campo desierto. «Su alma—dice Mari Yan—es sólo un espejo en que se está reflejando el paisaje». Y como un espejo se nos presenta la novela; las imágenes se detienen, parecen realidad viva, pero luego otras le suceden y vuelven a repetirse sin que ninguna logre fijarse indeleblemente en nuestra retina, quedando en el espejo como una sombra moviente, el alma solitaria de Marcela que contempla, inmovilizada y soñadora, un camino de perspectiva indefinida y borrosa. Los demás personajes actúan en función de Marcela y a pesar de que alguno de ellos tiene, según nos informa Mari Yan, una personalidad acusada por más de un rasgo anormal, su perfil novelesco no logra destacarse con relieves propios. Familia de originales, todos, piensa Marcela—escribe Mari Yan—. Luis, desequilibrado, iluso; Agustín, un sistema; Javier, neurótico incurable; hasta Angélica, en su pálida y ardiente devoción, está fatalmente condenada al histerismo. Como vemos, una familia Karamazoff, digna de haber diseccionado sus almas en un análisis minucioso y detenido.

No basta que la autora diga tal personaje ha actuado en un sentido determinado, sino que de sus propias actuaciones el lector debe deducir cuál es su naturaleza íntima. Cuéntase que doña Emilia Pardo Bazán decía de uno de sus personajes que era muy gracioso, pero resultaba que cada vez que éste hablaba sólo le salían expresiones vacuas e insulsas, sin pizca de gracia. Felizmente, en los personajes secundarios de Mari Yan no sucede tal cosa, porque ellos apenas si actúan.

Empero Mari Yan logra destacar a Marcela; sabemos de su situación modesta, de sus características físicas, y sobre todo de su mundo íntimo, de su orfandad sentimental, de la in-

comprensión de que es víctima por la actitud indiferente de su marido. He aquí el drama de Marcela y el centro vital de la novela. Alma en perpetua desazón: la suya, introvertida como su progenitora; se casa con Agustín, extravertido, para quien sólo la realidad inmediata tiene interés, hombre práctico, no hay en su alma espacio para las expansiones sentimentales. Como consecuencia de esta disparidad de contextura anímica surge entre ambos un divorcio; que Marcela profundiza porque hay en ella como un gozo al sentirse incomprendida y torturada por su soledad.

En verdad, no aparecen muy claras las razones para afirmar que Agustín no la ama y es un mal marido, pues cumple con todas las prácticas corrientes que nuestras costumbres imponen al matrimonio. Si su naturaleza es fría y le atraen los negocios, no justifica que Marcela se enamore inopinadamente de Andrés, que también parece no comprenderla. ¿Es sólo orfandad espiritual la que experimenta Marcela? ¿No hay acaso en ella otro complejo de raíz biológica y que es lo que la mantiene en tal estado de inquietud morbosa? No lo dice Mari Yanni lo deja entrever; y ello es un mérito de la novela: dejar también al lector sin que haya podido comprenderla...

La novela está lograda, a pesar de que sus ingredientes son más de carácter intelectual que emotivo. La arquitectura tiene toda la perfección y técnica de una construcción moderna, pero nos deja la lectura de esta novela fríos, parece que en ella algo faltara... El estilo tiene también esta misma perfección, con una sobriedad de buen gusto y que significa dominio de los elementos materiales de expresión, no así en algunas imágenes de dudoso gusto: «Dentro de poco blanqueará el alba a través de los muslos de la noche».

Incuestionablemente, su prosa se ha superado si la comparamos con la de sus novelas anteriores. Por ello y porque la disección del alma con todo el cúmulo de sus problemas afecti-

vos es lo vital de su novela, dejando el paisaje en subordinación. Mari Yan merece ya entre nuestras escritoras un lugar destacado.—MILTON ROSSEL.



UN HOMBRE Y UN RÍO, novela, por *Waldo Urzúa*.—Santiago, 1942. Editorial Cultura

Waldo Urzúa, se puede considerar un feliz debutante de la novela. Ha escrito con soltura, con gracia y sentimiento, una novela bien chilena, por la calidad de sus personajes y por el ambiente en que ellos actúan.

En la Isla de Maipo, el pintoresco rinconcito campesino, que todos, o la mayoría de los santiaguinos conocen, vive don Valeriano, el Comandante de la policía comunal de ese lugar. Es un hombre grandote, bueno como el pan y bravo como esos perros de campo, que muerden, sólo cuando deben morder. De este hombre, de auténtica cepa chilena arranca todo el nudo de la novela en lo que se relaciona con lo humano. Por el otro lado está el río, junto al cual nacen, crecen y mueren los hombres que luchan por la existencia y por formar propiedades, pequeñas y valiosas que transformen el sentido egoísta que tiene el agro chileno.

De ese padre, de ese gran corazón nace Javier, que en realidad saca de él, sólo alguna de sus grandes cualidades. No sabemos por qué, el autor creó en este hijo de don Valeriano a un ser raro, obsesionado por una serie de curiosas limitaciones. Probablemente para darle mayor interés, o bien, como una consecuencia de las razones que tiene para no confiar mucho en las gentes que lo rodean.

En don Valeriano, está el huaso chileno, generoso, arrogante, lleno de gracia y picardía que se le desborda por los ojos y por esa risa ancha que lo pone en comunicación directa